

emotiva acerca del supuesto interés por el idioma nativo, éste se ha perdido de hecho en San Jerónimo, aldea pobre en recursos pesqueros y dotada de pésimas tierras; en cambio, tiene una vida comercial bastante agitada y de él han nacido más de cien profesores normalistas. Inversa es la situación en el colindante San Andrés, de buena pesquería y tierra, de floreciente cultivo del idioma y economía tradicionales. Esta situación personalmente observada, se repetiría en muchos lugares, según comentó el interlocutor. Como caso análogo, podemos traer también a colación la riqueza de los indios de las fondas cercanas a los dos embarcaderos de Janitzio, y la situación insatisfactoria de las aldeas de la orilla izquierda. Y nuevamente, los indios ricos conservan el idioma; los indios pobres de los pueblos izquierdos lo han perdido.

Dejo al criterio del lector, si de esta observación y de sus explicaciones técnicas (necesidad de entablar contacto con la sociedad global, etc.) se puede sacar una ley social o no.

Revista *Lenguaje*, Nº 8.
Universidad del Valle,
Cali, Colombia, Febrero, 1978.

Valéry y el Lenguaje

Jean Bucher.

Universidad del Valle

Traducido por Cecilia Balcázar de Bucher

Lo que Valéry le reprocha más a las palabras, a la manera de Monsieur Teste es su falta de precisión; el hecho de que ellas designan nociones confusas. Como lo ha hecho notar J. Hytier,¹ Valéry clasifica las palabras en dos categorías igualmente denigrantes, designándolas con dos imágenes que no dejan de ser pintorescas. Por un lado, coloca lo que jocosamente llama los "trombones" estigmatizando así las palabras de efectos muy visibles, las palabras gruesas o notas falsas de un Pascal, por ejemplo, palabras como "Muerte", "Dios", "Vida", "Amor", de resonancia afectiva. Por otro lado se sitúan las que él llama "loros", es decir, los términos cuya significación es imprecisa, palabras como llaves maestras, de utilidad corriente y de uso fácil pero que no resisten un análisis profundo.

Todo depende, de hecho, del contexto en el cual estas palabras se empleen, de la mayor o menor atención que se les preste. Es así como una palabra que puede parecer clara, cuando se emplea en el lenguaje corriente, se oscurece en cierta forma apenas se la retira de la circulación para examinarla aparte; la muy bella imagen del microscopio, que Valéry retomó varias veces, es aquí particularmente sugestiva: "Lo que estaba claro al paso, y tan vivamente comprendido, se torna oscuro cuando se lo fija; lo que era tan simple se descompone; lo que estaba con nosotros, se vuelve contra nosotros. Una pequeña vuelta de un tornillo misterioso, modifica el microscopio de la conciencia, aumenta la ampliación de nuestra atención por su duración, y basta para hacernos aparecer nuestra perplejidad interior".² Hay, pues, palabras que resisten el pasaje y no la demora, sobre las cuales no hay que apoyarse, vocablos cuya comprensión depende, en suma, de "la rapidez de nuestro paso sobre las palabras". O como lo expresa Valéry, con una imagen que hace pensar en los *Ensayos* de Montaigne: "Cada palabra, cada una de las palabras, que nos permite franquear tan rápidamente el espacio de un pensamiento, y seguir el impulso de la idea que se construye su propia expresión, me parece uno de esos tablones ligeros que se tiran sobre un foso o sobre una grieta de la montaña y que soportan el paso de un hombre en vivo movimiento. Pero que pase sin pesar, que pase sin detenerse y sobre todo, que no se divierta bailando sobre la plancha delgada para probar su resistencia... el puente frágil tambalea y se rompe y todo se va hacia el abismo".³

Si Valéry renunció categóricamente a ciertas palabras vagas, ta-

les como "Tiempo", "Espacio", "Infinito", no pudo siempre evitar el empleo de otras, pero sin dejar de hacer toda clase de reservas con respecto a ellas y sin hacerse la menor ilusión en cuanto a su verdadero valor: "Estoy obligado por mi oficio a servirme de una cantidad de palabras vagas y a hacer alarde de especular sobre ellas, con ellas. Mas para mí, no valen nada".⁴ A pesar de su desconfianza por los términos acabados en "ismo", Valéry crítico no dejó de emplear palabras tales como "Clasicismo", "Romanticismo", o especialmente "Simbolismo", que no hacen según él, sino poner en evidencia "el desacuerdo de los autores sobre su significado" y "dan pretextos a disentimientos infinitos".

Por otro lado, como autor y sobre todo como poeta, Valéry se distingue precisamente por lo reducido de su léxico. Perteneció de hecho, a una cierta familia de poetas —entre los cuales figuran sobre todo sus maestros Racine y Mallarmé— cuyo repertorio léxico es supremamente restringido y que se ven así constreñidos a dar a los nombres que destacan un centelleo mágico. Y si Valéry poeta limitó así voluntariamente su vocabulario, Valéry pensador siempre se esforzó en aclarar y fijar las palabras que incriminaba. La palabra "espíritu" representa sin duda aquí el mejor ejemplo: descartando primero toda connotación metafísica, conviene definirla solamente en forma positiva como poder de transformación: "Hay una manera de definir el espíritu que no pone en juego ninguna metafísica, sino que da simplemente a esta palabra, el sentido irrepachable de una constatación, que hace de ella en alguna forma el símbolo de un conjunto de observaciones objetivas".⁵

No es de extrañar entonces que al vocabulario filosófico conocido por su imprecisión, Valéry haya preferido siempre el vocabulario de la ciencia o de la técnica sobre todo el de la Marina, del cual admiraba justamente la precisión de los términos. Este ensañamiento de Valéry crítico contra la imprecisión o la impureza del lenguaje ordinario, que después de todo no es más que un reflejo de su positivismo fundamental, se concretaría en un esfuerzo de reducción y de objetivación que tiene por fin dar a este mismo lenguaje bases más sólidas. No es por menosprecio del lenguaje — a la manera de M. Teste, se contenta con repudiar algunas palabras, pero no el lenguaje como tal — que Valéry crítico declara la guerra contra estos abusos o deformaciones, pero muy al contrario, en razón de la grandiosa y elevada idea que de él se ha formado; por exceso de veneración.

Se puede valorar el prestigio de que goza el lenguaje para Valéry por la manera como exalta, por ejemplo, el esfuerzo poético del "Golpe de Dados" de Mallarmé. Admira a su maestro por haber tratado en esta forma de "levantar por fin una página escrita hasta el poder del cielo estrellado". Ante este cielo estrellado que suscitaba el terror de Pascal y en el cual Kant había inocentemente creído ver la Ley Moral, Mallarmé debió percibir "todo el imperativo de una poesía: una Poética".⁶ Pero si la atención de Valéry se concentra por predilección sobre el lenguaje poético, sobre su capacidad expresiva y singular, no deja de resaltar sin embargo, el poder activo de todo lenguaje:

"No se sabe nunca hasta qué punto, y hasta qué centro sensible

se afecta alguien por una palabra (. . .) es decir: se cambia. Una palabra madura a un niño de un momento al otro".⁷

Se asombraba a menudo por la importancia de la palabra, particularmente de su poder en el "dominio de un hombre sobre otro". Y él, que consideraba la política como un juego impuro y superficial, "el arte de impedir que la gente se ocupe de lo que le importa"⁸, admiró sin embargo al retórico y al sofista. A los hombres públicos cuyo instrumento de acción es el lenguaje, llegó hasta concederles la palma y el título de grandes escritores:

"Napoleón, — César, Federico, hombres de letras, eminentemente dotados para maniobrar hombres y cosas — con las palabras".⁹

El espíritu creador del lenguaje sobrepasa muy de lejos el marco limitado de la vida política, pues es fundamentalmente la base de todo desarrollo de las Artes y de las Ciencias. O como dice Valéry en su **Eupalinos**: "No hay geometría sin la palabra", pues sin la palabra las figuras no serían más que accidentales, sólo por ella y sobre todo a causa de su genio, podemos "construir o enriquecer la extensión por medio de discursos bien encadenados". En este mismo diálogo, Valéry atribuye a Sócrates la distinción de los tres principales aspectos del lenguaje — la palabra vulgar, el lenguaje de la inteligencia y la expresión de las Musas — y afirma que el lenguaje es también "el origen de las fábulas" y "el mismo padre de los Dioses". El lenguaje considerado como "padre de todas las cosas del espíritu", no solamente está en la base de las ciencias, sino también en la de las artes. Es en sus **Ensayos sobre el Arte** — y más particularmente en el ensayo "Acerca de Corot" — donde Valéry ha subrayado toda la importancia del discurso en las artes, esas artes que sólo viven de palabras.

Sabemos, por otra parte, que para él la literatura no es más que una extensión de ciertas propiedades del lenguaje y que los diversos géneros literarios se apoyan todos sobre una propiedad especial del lenguaje. Esto quiere decir que, en suma, todo género literario nace de algún uso particular del "discurso". Dentro del marco de los lenguajes particulares, se le reserva, sin embargo, un lugar muy especial al lenguaje poético, ese "lenguaje dentro del lenguaje", que contraría las tendencias del lenguaje ordinario. Es además en esta oposición al lenguaje corriente donde reside, según él, el proyecto poético: "Al lenguaje, por más íntimo que sea para nosotros, tan próximo que el hecho de pensar bajo forma de palabra es nuestra alma, no se le puede negar su origen estadístico y su destinación puramente práctica. Entonces el problema debe ser extraer de este instrumento práctico los medios de realizar una obra esencialmente no-práctica".¹⁰

El fenómeno poético se produce cada vez que el sonido de una frase nos retiene, que la frase ha tomado un valor a costa de su significación finita. Es precisamente esta forma sensible la que, asumiendo una existencia autónoma, se impone, se hace desear y retomar constantemente y nos dispone a vivir "según un régimen y bajo leyes que ya no son de orden práctico". Penetramos así en un "universo de lenguaje" donde, si el cierto que nos encontramos siempre con las mismas pa-



labras, discernimos, sin embargo, valores nuevos. A aquellos poetas para quienes el lenguaje está penetrado de su personalidad singular, Valéry opone aquellos para quienes el lenguaje, separado de la persona, se vuelve de algún modo inhumano, un Hugo, sobre todo un Mallarmé:

“En Mallarmé y en algunos otros aparece una especie de tendencia a formar discursos no-humanos, —y en cierta manera, absolutos— discursos que sugieren no sé qué ser independiente de toda persona —una divinidad de lenguaje— que ilumina el todopoderío del Conjunto de las Palabras. Es la facultad de hablar la que habla; y hablando, se embriaga; y ebria, danza”.¹¹

Según este ideal valeriano no es precisamente el poeta quien habla, sino más bien el lenguaje el que habla en él y que guardando todo su rigor conserva también todo su poder de sortilegio. Esta “obra maestra de las obras maestras literarias” que es el lenguaje, encontrará su más grande elogio al final de “La Pythie”, donde la voz del oráculo parece como despersonalizada:

“Honor de los hombres, **Santo-Lenguaje**
 Discurso profético y adornado,
 Bellas cadenas en las que se enreda
 El dios en la carne extraviado
 Iluminación, largueza!
 He aquí esta augusta voz
 Que se conoce cuando suena
 No ser ya la voz de nadie
 Al igual que las ondas y los bosques¹²

NOTAS

1. J. Hytier: *La Poética de Valéry*, 1963, p. 61.
2. Sobre la Inteligencia (Variedad) *Obras T. I.*, 1957, p. 1041.
3. Poesía y Pensamiento abstracto (Variedad), T. I., Op. cit., pp. 1317 - 1318.
4. A Berne-Joffroy: “Algo sobre mí mismo”. *Presencia de Valéry*, 1944, p. 41.
5. La Política del Espíritu (Variedad), T. I., Op. cit., pp. 1022 - 1023.
6. Golpe de dados (Variedad) T. I., Op. cit., p. 626.
7. Palabras calladas (Tal cual) *Obras T. II.*, 1960, p. 495.
8. Sobre partidos políticos (Miradas sobre el Mundo Actual), T. II., Op. cit., p. 947.
9. Rumbos (Tal cual), T. II., Op. cit., p. 619.
10. Poesía pura (Variedad), T. I., Op. cit., p. 1460.
11. Rumbos (Tal cual), T. II., Op. cit., p. 635.
12. Encantos, T. I., Op. cit., p. 136.

EDITORIAL PACIFICO - CALI

